

MEMORIAS DE UN ELFO

El Límite

Aquel último verano que vivimos en Huesca, cuando yo acababa de cumplir nueve años, tuve el privilegio de ir unos días con mis padres y con mi hermano mayor al Mediterráneo, a Tarragona.

Él ya había ido en anteriores veranos. Yo no, porque era pequeño. Y mi hermano me iba anunciando los misterios de la residencia Urbis, y de aquella máquina donde echabas una moneda y te salían cacahuetes a puñados, no en bolsa, unos cacahuetes que nunca he vuelto a saborear.

Antes de llegar, trataban de explicarme cómo era el mar. Era como una piscina – por eso llevábamos bañadores, y toallas – pero era enorme. Súper enorme. Me decían que no se veía la otra orilla. Así que yo me imaginaba la piscina de Almazán, a la que me llevaban en Huesca, y la extendía hasta hacerla del tamaño de diez campos de fútbol, de manera que no se pudiese ver lo que hubiera al otro lado. Mi madre me decía que no era eso, y de su boca salía el vocablo “horizonte”. Pero yo no conseguía visualizar en mi cabeza una orilla que no se ve.

Me llevaron a un mirador en lo alto de la ciudad. Abajo había vías de tren, o eso recuerdo. **Y frente a mí vi, por primera vez, lo que yo nunca hubiera podido imaginar. Por primera vez sentí el vértigo de lo que absolutamente desborda. Y contemplé, anonadado, lo inconcebido por mí, lo inconcebible, lo inmenso, bordeado por una línea que no encierra ni marca ni abarca: el horizonte, que me muestra mis límites y me abre a lo ilimitado.**



He vuelto, tras largos intervalos de largas edades.
No derribado, sí vagabundo, no inmortal.
Todo permanece en su lugar.
Abajo, el tren en su vía. Al fondo, el horizonte.
El infinito, en mí.

